

Beatificadas el 22 de junio de 2019

Madre Inés de San José y Sor María del Carmen de la Purísima Concepción, hermanas Mártires del Monasterio de El Pardo



Madre Inés de San José y Sor María del Carmen de la Purísima Concepción

Sor Dolores Rodríguez, concepcionista franciscana y testigo presencial de los hechos, escribió en noviembre de 1986 en el Boletín de la Federación Santa Beatriz de Silva *Inter Universa* relato del martirio de las dos religiosas de su congregación del Convento de El Pardo en Madrid: la Abadesa Madre



Convento Concepcionista de El Pardo

Inés de San José (Inés Rodríguez Fernández) y su hermana Sor María del Carmen de la Purísima Concepción (Carmen Rodríguez Fernández), martirizadas en la carretera de Vicálvaro el 22 de agosto de 1936.

En el relato Sor Dolores refiere que: Madre Inés y Sor María del Carmen eran hermanas y naturales de Avedillo-Sanabria, aldea de Zamora. Madre Inés de San José había ingresado en el convento de Concepcionistas de El Pardo en 1908 a sus 19 años.



Elegida abadesa en 1935, decía a las novicias: *“Los diálogos diarios llenos de dulzura con el Señor os harán fácil el cultivo de las demás virtudes”.*

En vísperas de la tragedia, dijo a la Comunidad: *“Si llegara el caso, de vernos en situación de víctimas de nuestros perseguidores, no os angustiéis. El Señor no nos abandonará a nuestra*

suerte; somos una familia de mujeres consagradas a su servicio, y Él cuidará de nosotras.”

Expulsadas de su convento de El Pardo

El Convento de El Pardo en 1859 había sido donado por Isabel II a las Concepcionistas Franciscanas, siendo abadesa su amiga y cuidadora de infancia, la Madre Patrocinio, que, como todas sus fundaciones, lo puso bajo la protección de la Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias

El 21 de julio de 1936 se presentaron ante el convento hombres armados que intimaban a las monjas a desalojarlo. La abadesa Madre Inés de San José, momentos antes de abrir las puertas de la clausura, serena y en calma, nos dirigió estas palabras: ***“Hijas mías, ha llegado la hora de Dios; no lo olvidéis; somos religiosas, consagradas al***



Señor. Sed fuertes si es preciso dar la vida por nuestra santa religión.”



Madre Inés de San José y Hermana María del Carmen de la Purísima Concepción

Eran las doce del mediodía cuando nos despedimos del convento sin saber hasta cuándo. Entre milicianos y milicianas, insultándonos con palabras soeces y amenazándonos con quitarnos la vida, nos hicieron salir, y en dos filas nos llevaron hasta la plaza del pueblo de El Pardo.

Allí algunos vecinos, con caridad cristiana, nos recogieron en sus casas, hasta que cuatro días después los milicianos pregonaron que las monjas debían salir del pueblo, y si no, quemarían las casas en que las hallaran.

Ocho religiosas salimos de madrugada hacia Madrid, donde residía la madre del capellán, en cuya casa – calle Tres Peces, núm. 3 - nos acogieron. Nos distribuyeron luego por diversas casas en las que la madre del capellán nos tenía previsto alojamiento.

Eran familias católicas, que nos recibieron con suma caridad, a pesar que sabían a lo que se exponían, y antes faltaba el pan para ellos que para “las esposas de Cristo”.

La Hermana María Dolores era la más joven de la comunidad, y hacía de enlace entre las hermanas dispersas, recogiendo noticias de todas ellas con la mayor cautela para no descubrir los domicilios en que estaban refugiadas.

La Madre Inés de san José y su hermana María del Carmen de la Purísima Concepción estaban en la calle Ayala núm. 115, en el piso de una matrimonio de edad avanzada que se había ofrecido a protegerlas, y que decía: *“en estas ocasiones debemos demostrar que somos católicos y ayudar a estas religiosas que, por ser fieles a su vocación de servir a Dios y salvar las almas, han sido expulsadas de su convento.”*

“Vosotras, ¿sois monjas?, Sí, para servir a Dios”

Al cabo de veinte días los milicianos hicieron un registro en la casa, y al hallar a las dos hermanas les preguntaron con malos modales: *-Vosotras, ¿sois monjas?-* Ellas respondieron con serenidad y entereza: *- ¡Sí, para servir a Dios!* Desconcertados, se marcharon, pero al anochecer volvieron a por ellas. Y junto con los dueños de la casa y un familiar, se las llevaron a empujones y les subieron a una camioneta que arrancó camino del “puesto de control”. Allí las golpearon con los fusiles y les amenazaron de muerte si no declaraban donde estaban las demás monjas.

Viendo llegado el momento de realizar el deseo de dar la vida por Dios y por la fe de su patria, para el que se habían venido preparando desde hacía tiempo, las dos hermanas sólo intercedieron por el matrimonio preso por su causa: *“A nosotras pueden matarnos, estamos consagradas a Dios y diéramos mil vidas por defender a nuestra religión, pero a esta buena familia que por caridad nos tenía en su casa, no les hagan nada. Se hubieran comportado igual con cualquier persona que se hallase en necesidad.”*

Inmolación en las afueras de Vicálvaro

En la madrugada del 22 de agosto las sacaron en un coche y las llevaron por la carretera de Aragón hasta Vicálvaro. En un descampado las pusieron ante un pelotón de milicianos que dispararon contra ellas. Envueltas en sangre cayeron en tierra y fueron rematadas con el “tiro de gracia”, en la boca a la Madre Inés, y en el estómago a sor Carmen.



Puerta del cementerio de Vicálvaro

Por la tarde los milicianos llevaron los cadáveres de las dos hermanas al cementerio de Vicálvaro, dejándolos en la puerta, tirados en suelo. El sepulturero los recogió, limpió los rostros de las dos mártires y los fotografió, anotando en un cuadernillo el lugar exacto de su sepultura.

Al acabar la guerra entregó sus apuntes y fotos al juez, y así fue posible localizar los cadáveres.

Al volver a Madrid los milicianos cumplieron lo que las mártires les habían pedido, y por lo que estaban intercediendo ahora desde el Cielo: dejaron libres a los ancianos que les habían recogido en su casa.

Los únicos restos que se conservan de las catorce Concepcionistas inmoladas, trasladados a la Casa Madre en Toledo

En mayo de 1940 sus restos, bien conservados, fueron trasladados al convento de El Pardo, y en noviembre de 2015, al tener que cerrar esta casa, se procedió a su inhumación en capilla de la Casa Madre de la Orden en Toledo.



Recepción en el Monasterio de Toledo de los restos de las Siervas de Dios Madre Inés de San José y Sor María del Carmen de la Purísima.

El Padre Emilio García de Madrid, O.F.M. Cap. dijo en su homilía que Madre Inés era alma privilegiada verdaderamente allegada a Dios, que sin duda llegó a la más alta cumbre de la perfección. “Por ser confesor de la comunidad, me veo obligado a callar, y no puedo ponderar sus gracias extraordinarias. De un candor y sencillez admirables, se consideraba la última de todas. Sometía su cuerpo a gran austeridad. Tenía el anagrama JHS grabado en el pecho. Amante de la oración, hurtaba el descanso de noche pasando horas ante el divino Prisionero de sus amores. Bien podemos vislumbrar la santidad que animaba este corazón de mártir.”



Escribe Sor María Dolores Rodríguez que a los cuatro meses de terminada la guerra les llamaron por teléfono preguntándoles que pena solicitaban para quienes habían asesinado a nuestras hermanas, que tenían detenidos. Les contestamos que ninguna, pues sólo queríamos que la sangre que ellas derramaron sirviera para su conversión, indudable deseo de nuestras hermanas desde el Cielo, a la que nosotras nos sumábamos.

cf. «*Inter Universa*», Boletín de la Federación Santa Beatriz de Silva, Castilla.

